

Versaciones de un chupaplumas

Cuando menos en engaños

[1]



y cuando más en falacias si bien el término “falacia” podía estar pecando de excesivo y, por eso, el abuelo quiso que el chico lo borrara pero no supo y tuvimos que elegir entre desandar un trecho o dejar las cosas como estaban sin prestar oídos a que la sugerencia que habría podido ofrecerse a hacer **la vecina de al lado** — que,



habiéndose presentado casualmente en mitad de la polémica a pedir una tacita de harina para hacer un bizcocho, no estaría de más el suponer que deseara corresponder brindando su ayuda — apuntando al hecho de que podíamos sustituirlo sencillamente por “mentira”, término mucho menos drástico según ella con el que, sin embargo, no estaríamos faltando a la verdad pero sí sorteando un escollo que a saber quién podría ser el desdichado al que cayera en suerte el verse obligado a esgrimir ante los ojos atónitos de sus asombrados ascendientes – si el azar se decantaba por sonreír a los más jóvenes – o frente a las narices de sus – caso de que el albur se inclinase por favorecer a los más viejos – estupefactos descendientes.

Ofrecimiento que hubiese podido ser bien acogido por Ramírez y por sus padres y los niños, pero rechazado de plano por la madre (de estos) aduciendo que ella quedaba en desventaja no teniendo a sus propios ascendientes a mano porque “entiéndame, doña Isidora – le diría en un aparte en la cocina – yo a mis suegros los quiero y los respeto, sí, pero no es lo mismo”.

Pero no hubo caso porque la vecina no se ofreció; pidió con mucha educación la harina (la tacita ya la traía ella, explicando que esa era justo la medida que necesitaba) y en cuanto la tuvo se marchó, dando las gracias y pidiendo perdón por las molestias, pero sin ofrecerse a colaborar ni a escuchar a Sonia en una cocina en la que, por otra parte, no llegó a entrar.

No hubo caso, ni aparte de Sonia en la cocina “doña Isidora entiéndame”; y a mí me vino bien barruntando que mi amigo, cuando se lo

Versaciones de un chupaplumas

Cuando menos en engaños

[2]

comentase, **se mostraría reticente a tal eventualidad**¹ argumentando que la vecina – si es que en verdad era “vecina” y no un repartidor de guías telefónicas o empleado de alguna empresa suministradora de energía que pretendiera tan sólo leer el contador del gas– podía no venir (o, bueno, “ir”) en son de paz o pidiendo favores con muy buenas maneras y tono compungido porque “me doy cuenta perfectamente de que estoy abusando de su amabilidad, Sonia, pero después de haber prometido a mi nieto que mañana le daría bizcocho para desayunar” resultó que..., en fin, un largo etcétera de inconvenientes quién sabe si no del todo falsos o por lo menos inventados en parte sino, muy por el contrario, hecha un verdadero basilisco – porque ella (la señora de Ramírez hijo) hubiese cometido la falta imperdonable de tender la víspera ropa de color sin centrifugar debidamente y ella (la vecina, pero no de al lado sino del piso de abajo) “mire, desteñido de rojo y echado por completo a perder el vestido blanco de organdí de la niña” – indicando, una vez que se le pasara el acceso de ira

¹ Este mismo enlace y con el mismo aspecto lo encontrará el lector en [este archivo](#); pero cuando lo encuentre allí acuérdesese de no pincharlo — pues porque no funciona y por unas razones muy complejas y difíciles de contar (y porque además yo sólo soy un editor cuyo único cometido consiste en editar lo que se me encarga, y no en confesarme de nada ni con nadie) no puedo arreglarlo —; aunque si se le olvida tampoco pasa nada. En cuanto vea que no funciona, usted solo y sin necesidad de llevar en mente mi advertencia, se acordará; y si no se acuerda se le refrescará la memoria cuando vea que le vuelve a pasar, porque va a pasarle cantidad de veces. Pero ya le digo que desconozco el motivo por el que tal cosa sucede, si bien, y como conjetura personal de la que no tengo certeza ni podría, aunque quisiera, demostrar, doy en pensar que no estoy en la página original de ninguna Valentina, y que si Valentina existió de verdad bien pudo tener el capricho, inocente, por otra parte, de llamar “baulito chino” a lo que no estuviera siendo mas que la caja de un microondas.

Le recomendaría, empero, que no se desanimase, y que cuando se encuentre con enlaces perdidos que no conducen a ninguna parte en vez de tirar la toalla retroceda, y busque otro camino, que lo encontrará seguro porque como reza un viejo dicho popular cuando una puerta se cierra otra se abre o, en última instancia y si no se ve salida y todo sale mal, la vida sigue y, como en la vida misma, ¿a quién no le ha ocurrido el pasar por situaciones sin sentido, del todo prescindibles, pero que han servido como nexos de “algo” que, sin ese “vacío”, no habría sucedido jamás?

(Nota del editor).

Versaciones de un chupaplumas

Cuando menos en engaños

[3]

“porque en realidad ya no se lo ponía porque con el estirón después de las anginas del invierno pasado le quedaba pequeño”, que se podía ser un poquito más flexible (y doña Isidora parece que lo era) y optar por una tercera vía consistente en hacer dos grupos, y que uno de los grupos se pusiera en camino para desandar y el otro se quedase para **dejar las cosas como estaban** antes de que “mi pobre hijo² falleciera en dramáticas circunstancias” y la madre de la niña se hiciera *groupie* de “uno de esos cantantes modernos drogadictos”, dijo, indeseable pero muy afamado — explicó también — y se fuera tras él, siguiéndolo a todas partes en sus giras, para no regresar³.



² Doña Isidora parpadeó y sacudió la cabeza echándola luego un poquito hacia atrás para ahuyentar los **tristes recuerdos** que, dijo, la mantenían sumida en una profunda depresión que no cedía ni la dejaba dormir ni aun bajo el efecto de ningún tipo de fármacos, que no le hacía efecto ninguno.

³ Hechos dramáticos ambos — el del fallecimiento del hijo (en extrañas circunstancias, al parecer) primero y el del cantante después — sin los cuales no se habrían dado las circunstancias que forzaron a que ella se hiciera cargo de la nieta, sin cuya concurrencia no hubiesen tenido lugar nunca los episodios de la tacita de harina y el bizcocho (más dulce) ni el bastante más amargo (aunque doña Isidora no era capaz de explicarse por qué se había llevado semejante berrinche por algo tan tonto) del vestido desteñado.